

EL MAL DE USHER

Antes de aquella tarde lluviosa en la galería Fasbinder, cuando ya era el joven engreído y petimetre que posaba de genio, yo ya hubé visto, lejos y hartó interesante, a Viggo Cormantti. Era guapo, digno en su aire de juvenil fracaso, y no tendría más de treinta años. Ya entonces me gustaron su nombre y su apostura, aunque desde luego el hambre y las penurias le pasaban una cara factura, y quise saber —más certeramente— quién era él. Me dijeron —claro— la biografía previsible: que malvivía en una buhardilla del barrio bohemio, que sus pinturas no se habían cobrado aún ninguna venta destacable y que su única distracción fuera del caballete, el óleo y la paleta eran las mujeres. *Un típico producto del Arte en su variante menos artística*, se burló alguien mientras me mostraba con displicencia alguno de sus dibujos. Yo asentí y sonreí, ¿qué otra cosa podía hacer?; pero aquellos dibujos, tortuosos como brazos de viñas, angustiados como diosas que hubieran cobrado de pronto una condición carnal (los rojos sangrantes y nerviosos, el trazo rápido y casi *muscular*, las femeninas siluetas ardientemente lánguidas y etéreas...), me dejaron —literalmente— petrificado en mi silla. Para muchos de mis estúpidos colegas, que aquel Viggo Cormantti hubiera pasado en menos de un año a colgar sus lienzos en la galería más prestigiosa de la ciudad (la calificaban de Academia, y aun de *Parnaso*...) era un atropello que el viejo Laszlo Fasbinder no tardaría en pagar. Pero yo —secretamente— me reía de ellos. Cuando Berenice me lo presentó en la galería, recortados ambos ante uno de sus cuadros —una alegoría del infierno de Dante que Cormantti había compuesto sobre un *collage* de las Torres Gemelas, tres años antes de los atentados del once de septiembre—, creí por un segundo que el corazón iba a explotarme en el pecho, pero no hice ver que supe que había algo entre mi mujer y él. Por entonces Viggo Cormantti (mucho más pálido que en su pasado menesterozo, sus dedos finos repujados de anillos) había cambiado sus ropas de miserable artista por otras elegantes que él vestía con gracia que, acaso, quería pasar por *wildeana*... ¿Y qué? Aunque no lo pretendiese, no podía dejar de mostrar —tan deplorable— su aspecto *cierto*. Vi sus ojos negros como bayas menudas, ribeteadas de un oscuro tinte profundo, hondo, sí, y brillantísimo. Pero hacían una mirada feble, lánguida, que, sin duda (a pesar de que en ella

residía parte de su encanto), necesitaba envilecerse para conseguir estilo; una mirada (permítaseme la expresión) que tenía algo de esos aceites del siglo XVI destilados en el Montfranc, con destino a pintores menores, pues resultaba a la postre llana y poco penetrante, un lampo negro y tímido en aquella tez blanqueada en exceso que daba toda la impresión de un lienzo poco reposado. Me dio una mano frágil, súbita, calcárea. Y aquí me asombró otra vez su blancura: me pregunté qué lo mantendría en pie, acaso sólo su arrogancia, no desde luego la sangre que le recorría, cansina, los hollejos de las venas. Berenice, no sé si ejerciendo en el papel de amante arrobada o en el de esposa instructiva, me dijo que casi un mes atrás Cormantti había vendido su tríptico de *La Danza de la Muerte* a un comprador anónimo, y Cormantti no pudo reprimir un gesto de presunción cuando mi mujer reveló el precio de la venta. Yo fingí sorpresa y alabé el gusto del comprador, para luego examinar el *collage* de las Torres Gemelas que Cormantti había titulado —premonitoriamente— *Vertical Inferno*. Aprobé aquella pintura —oh, recuerdo el momento como si fuera ayer mismo— con una admiración que no necesité exagerar. Y luego Cormantti rió (era considerado con ciertas bromas) cuando le dije: “Sin duda es usted un genio, pero me temo que su obra sólo ganará cuando usted haya muerto.”

Ah, ¡pero qué distinto aquel Cormantti del que días después recibí en mi casa! Déjenme que me deleite en aquel recuerdo: Hace mal tiempo, cae la tarde, y a la hora en punto de la cita, Viggo Cormantti —las manos le tiemblan, el cabello rubio destella humedecido por la lluvia, el abrigo empapado protege los cañones donde ha guardado los lienzos— está al fin ante mí. Pero no veo ahora al engreído genio de la galería de Laszlo, al orgulloso mendigo que vendía retratos en los cafés atestados, al príncipe de gorriones sin talento. Lo que veo es un espectro que apenas habla, y que mira las cosas con recelo, diríase *espantado*. Le asombran los peristilos del interior de la casa, su estatura de catedral, su manierismo gótico que tiempo atrás tanto hubo reprobado *su* Berenice. Le desconciertan los cuadros de Monet, un inencontrable Munch colgado sobre uno de los estudios anatómicos de Bernini, algún inasequible Klimt arriesgadamente dispuesto entre unas escenas griegas (dioses y gineceos, un enorme Baco velando sobre la vitrina donde guardo mi mayor tesoro: la calavera jaspeada en la que Byron bebía el vino de la pasión y la melancolía) y dos tapices

cinegéticos que fueron bordados en el siglo XV para una infanta española enferma de amor, mientras se adentra en la biblioteca recorriendo sus paredes con aquella mano blanda, caliginosa, de amarillas opalescencias, y una sonrisa rara le tiembla en las comisuras de su boca acerezada... Es casi un niño en mis manos, este pobre Viggo al que el color deslumbra. Mira con perplejidad de un viejo muro a otro —siglos de visiones formidables los atestan—, y sé (pero sin verlo) que el asombro no ha suavizado el temor que ha traído a la casa. ¿Qué más da que intente disimularlo? Puedo sentir su miedo. Puedo —no exagero— *olerlo*. El miedo huele a un fresco de Goya: herrumbroso, recóndito, lejanamente *aceitado*... También — en menor medida— a interior clandestino, a bodegas donde príncipes de antaño (deformes y fantasmagóricos) ocultaban con celo enamorado los amables lienzos picarescos... ¿Pero qué teme Cormantti? ¿Acaso sabe que yo sé? ¿Le asusta no saber llevar —lejos y seguro— el arte del disimulo? ¿O es que se ha apiadado de pronto —¡venderle justo a él seis de sus obras!— del hombre al que engaña?

—Dios mío —fue lo único que Cormantti consiguió decir—. Nunca creí que pudiera ver tanta belleza reunida.

—Gracias, señor Cormantti —respondí, ladeando morosamente la cabeza; y añadí, para provocarle—: Y esto no es nada. Imagínese: alguna vez paseó Berenice desnuda por esta misma estancia... Igual que un sueño.

Vi que Cormantti respingaba, y oculté una sonrisa. ¿Tal vez quiso golpear a este pobre viejo, tan capaz de referirse a su adorable conquista de aquel modo infame y grosero, como si le estuviese hablando de alguna meretriz recogida del fango? Fingí, claro, no haber reparado en su avilantez, y me apresuré a retirar los candelabros que ocupaban la mesa central.

—Oh, pero mi querido amigo —dije en tanto pretendía afanarme con torpeza en aquella tarea—, mejor no hablemos de sueños. Para alguien de mi edad, soñar es algo así como... como recibir una puñalada en la espalda. No importa qué nos cuentan de lo que ocurrió en el pasado: siempre los recobramos como lo que pudo haber sido y no fue. Todo sueño es traidor, ¿sabe? A mí me hacen pensar en una mujer frígida: quizás tenemos la carne tibia a un lado, pero nada se ofrece al contacto de nuestras manos. Ah, ¿cómo lo dijo Boccaccio? —Cerré los ojos y, con un candelabro en cada mano, simulé recitar de memoria—: “*E con gli occulti pennello i Tradimenti.*”

— *Y con ocultos hierros las traiciones. “Hierros”, no pinceles* — corrigió Cormantti mi deliberado equívoco, la mirada perdida en alguna arruga de aire y (sin duda) *inquietado*.

Deposité los candelabros en un velador cercano y aplaudí, sinceramente sorprendido:

— ¡Mi buen Cormantti, bravo! Ah, no sólo es usted un gran pintor, para colmo también conoce a los clásicos de memoria. ¡Qué extraño error el mío: hierros por pinceles! Pero la edad, ¿sabe? Aunque ciertamente, qué importa: pinceles, labios, hierros... Cualquiera cosa puede servir como arma para la traición, ¿qué más da si es el beso o la espada? Claro que — simulé un ligero titubeo, elevé la barbilla y apoyé las yemas de los dedos sobre el velador. Todo mi cuerpo, mi postura falsamente sacudida, el ademán de mi brazo, parecían decir: “Ya pasará usted por esto alguna vez, Cormantti, aún es joven, ya verá cuando pasen los años sobre su cabeza, el tiempo es un ladrón y jóvenes como usted son las sombras de que se sirve para cumplir con sus robos.” Vi que Cormantti atenazaba los rollos donde guardaba sus lienzos, erguía la cabeza, y sus ojos (las pequeñas bayas de sus ojos) arrojaban desde el fondo muy negro sus hirsutos matices violáceos, esforzándose por escucharme. Proseguí—: Si me diesen a elegir... En fin, como todo el mundo, también yo elegiría lo que menos daño pudiera procurarme. Ya ve, no soy uno de esos seres a los que una vida en el Arte llega a dejar insensibles.

Cormantti me miró consternado, las mejillas encendidas de nuevo, aunque esta vez con un rojo intenso pero dulce, un rojo afrutado, difícil de describir. ¿Crepúsculos auscultados por un Turner, gardenias pintadas por Pissarro? No; grosellas del salvaje Gauguin... Un sonrojo casi *fauvista*, desde luego, salvo por el hecho de que sus ribetes tenían un no sé qué ácido, un terrible exceso de tánicos, como los que deterioraban los óleos de aquellos menesterosos pintores de las orillas del Rhin. Sin duda Cormantti era todo un hombre de regiones solares, con sus explosivos colores cuajados de energía. Quizá por eso Berenice había caído rendida en sus brazos, seducida por una como versión más amable y opulenta de lo que — alguna vez — alcanzó a descubrir en mí...

— ¿Sabe, Cormantti? — le dije, mientras me alejaba a un extremo de la biblioteca y abría un escondido receptáculo (disfrazado bajo varios lomos falsos de algunas obras de Huysmans y Apollinaire, las atrevidas *Memoiren* de Wilhelmine Schröder)

donde ocultaba mis mejores vinos a la curiosidad de mis criados. Tomé una copa, la miré al trasluz, limpié el polvo que la cubría con un pañuelo de seda y escancié en su interior un generoso trago del añoso *Romanée Conti*, ya previamente abierto—. Es usted uno de los pocos hombres con los que puedo hablar a un nivel intelectual en el que me siento... *hélas!*, yo mismo. Muchos creen (incluso viejos amigos) que me expreso en enigmas, o peor aún, en paradojas. *Seres a los que una vida en el Arte deja insensibles*, le he dicho, y (aunque sacudido) sé que usted ha *entendido*. Ya sabe de quiénes le hablo, ¿verdad? De esos indeseables que jamás llegarán a saber que uno puede enamorarse del vigor de un trazo con más pasión de la que puedes nutrir por la mujer de tu vida, de esos que no llegan nunca a conocer el dolor que puedes sentir al saberte incapaz de penetrar hasta el fondo de un color que, de pronto, te sorprende en algún lienzo por otro lado inane, ridículo... Oh sí, se pasan toda una vida jugando a descifrar el artificio, a examinar milímetro por milímetro la curva que conforma una pincelada, a pontificar sobre las misteriosas teorías que se esconden tras las formas... Pero no son más que muertos, cadáveres putrefactos que tratan de procrear con las estatuas. ¿No los odia usted? Ah, dígame, Cormantti, ¿no los odia? Sí, los odia, sé que los aborrece con todas sus fuerzas. Yo los he visto desgazar sus obras ante sus propios ojos, hacerles la autopsia como si sus pinturas fuesen cosas muertas, emplearse a destajo sobre el significado de sus trazos. Y le he visto a usted, mi querido amigo... Le he visto *vomit*ar mentalmente sobre sus patrañas. Eso, por supuesto, me gustó. Sabía por ese gesto (crispado el rostro, el labio sumido como conteniendo un insulto) que usted era de los míos. No uno de esos genios bobalicones tocados por la gracia a la que otros talentos no llegan en una vida de sufrimientos, sino un verdadero artista: alguien que de veras *siente* el Arte; alguien que estaría dispuesto incluso a *matar* a cambio de... la gloria.

Me llegué a Cormantti —respiraba acezado, mirando fijamente algún punto que parecía estar más allá de mí, muy detrás de mis ojos— y le puse la copa de vino en una mano. Tenía los dedos fríos y temí (pero fue sólo un segundo) que se le desharían al contacto con el caldo. Viggo Cormantti, sin embargo, asió la copa y se la llevó —voraz, casi diría que angustiado— hasta los labios. Cuando la dejó sobre la mesa parecía más relajado. Le vi formular una sonrisa (la curva de sus labios me hizo pensar en las alcatifas de un Rubens, en los afrutados muslos adolescentes que hubiera pintado Caravaggio)

y replicó:

—Me sorprende usted. Pero debo decir que sé exactamente a lo que se refiere. Sabe, su... vehemencia me ha hecho recordar algo: es un chiste español que me contó un viejo compañero de habitación en las buhardillas del barrio bohemio. El chiste pregunta: “¿Qué es el Arte?” Y contesta: “Morirte de frío.” Es bastante malo, y mi amigo lo contaba en invierno, con hambre y ningún cuadro por vender; pero eso es justo lo que siempre he pensado de esa clase de hombres de los que usted ha hablado. La verdadera Belleza jamás los ha tocado. Están helados ante la Verdad y no pueden sentir lo que usted o yo sentimos. ¿Y sabe qué le digo?

Yo estaba sin aliento, mirando a *mi* Cormantti de hito en hito, tremendamente exaltado:

—¿Qué, mi querido amigo?

—Sólo digo —tomó la copa otra vez, la levantó sobre su cabeza y exclamó—: ¡Al cuerno con ellos!

Después bebió un largo trago y yo me apresuré a rellenar su copa, riendo y diciendo:

—¡Eso es, mi querido Cormantti! ¡Al cuerno con ellos! ¡Que sigan siendo unas amargas estatuas de hielo!

—¡Por la Luz! —brindó Cormantti chocando su copa contra la botella del *Romanée Conti*.

—¡Contra el Hielo! —grité yo, levantando la botella mientras Viggo Cormantti apuraba (risueño, sonrojado como bajo un pincel de Manet) por segunda vez su copa.

Cormantti cayó sobre una silla sin parar de reír, y yo le serví más vino entre carcajadas que me hacían tambalear y derramar el caldo sobre las alfombras. Por supuesto, fingía. El pobre Cormantti (encendido, casi borracho) ni siquiera se daba cuenta. Cormantti no era un caballero, sólo un vulgar inocente que se disfrazaba de noble o —más certeramente— trataba de *vestir* de cierta nobleza a su ingenuidad. Una vez, en unos terruños del Collioure, vi un espantapájaros al que alguien había tocado con una bigornia y vestido con una casaca del ejército prusiano. Viggo Cormantti daba mucho esa idea.

Me senté en una silla junto a él, trastabillando, y poco a poco las risas se atemperaron. Tardé en darme cuenta de que Cormantti había sido el primero en dejar de reír, y que —severo, ensombrecido— me observaba ahora, obstinadamente, desde el borde de su copa:

—Le admiro —sentenció con insólita gravedad—. Cuando llegué a su casa... creo que le tenía miedo. Siempre me han apasionado sus juicios, pero hasta hoy mismo pensé que también a mí me tendría por un incompetente. Ahora, debo decirlo, me siento más tranquilo.

Tabaleé con las yemas de los dedos sobre la mesa y, con aparente desgana, aparté a un lado la botella de vino. Luego, con el tono de voz más serio que pude componer (para ello pensé en las caldeadas sombras de los primeros retratos de Rembrandt), pregunté:

—¿Sólo por eso me tenía miedo? —y le miré como una coqueta, por el rabillo del ojo, igual que si pretendiera ganarme, sutilmente, algún afecto suyo.

Pero Cormantti no respondió. Los rasgos del rostro, pálidos como si los hubiera bañado la luz de algún cuadro de Vermeer, se le alisaron en una expresión de perplejo abandono. Quizá en ese instante (raudo, imperceptible casi) fraguó el pensamiento de que yo estaba jugando con él, que había alguna amenaza oculta bajo mis palabras, que le *mentía*. Si ese pensamiento existió, insisto en que no duró más allá de un momento. Cormantti quería —*precisaba* realmente— creer en mí. Le dediqué una sonrisa, tomé uno de los rollos en que guardaba sus lienzos, abrí la tapa y, como si me dispusiera a embriagarme en el perfume de un vino, hundí la nariz en la boca del cañón y aspiré. El olor de los óleos actúa muchas veces en mí como una poderosa droga. Incluso en ocasiones puedo ver los diferentes colores que ungen la tela, la curva de una pincelada fina o el relieve rugoso de varios trazos superpuestos, sólo con respirar el aroma de un lienzo... Ahora veía hasta la forma que aquellos trazos habían cobrado en la pintura de Cormantti. Un desnudo. Esmaltados colores de carne violácea bajo una luz azul que semeja derramarse (lentísima) desde una poterna abierta. El aliento tembló en mi garganta. Cerré los ojos.

—Oh, dios —dije—. Mi querido Cormantti, *adoro* sus desnudos. Uno ve en ellos la carne sin secretos, ¿se lo han dicho alguna vez? Uno ve que ese cuerpo se le ha ofrecido totalmente y no ha querido guardarse ni uno solo de sus misterios. La carne resulta así tan... inmediata, que casi se parece a la luz. Sus mujeres desnudas son espíritus, almas captadas unos segundos antes de que vuelvan a empobrecerse con la carne. Representan un momento de éxtasis, de pura alegría, de gozo inefable en el que, por desgracia, el

observador no tiene otro papel sino el de un amargado *voyeur*. Cualquier marido odiaría ver a la mujer de su vida atrapada en uno de sus lienzos, mi querido Cormantti. Pero, por otro lado, ¡qué dicha inigualable verla como nunca la ha visto! ¡Y qué terrible dolor, también, saber que se ha mostrado así para *otro*!

Cormantti había abierto la boca, confundido, y por un momento temí que fuera a verter la copa sobre los rollos donde guardaba sus lienzos. Pero —por suerte— logró dominarse. Acto seguido, se incorporó de la silla y se alejó de mí, sus taconazos resonando en las paredes de la biblioteca. Desconozco qué pretendía con aquella distancia. Quizás sentirse más sereno, acaso la cercanía lo apocaba. Yo lo seguí con la mirada, sosteniendo aún el cañón y agitándolo como una copa a la altura de mi mentón para percibir los últimos rebases de su aroma. Vi que Cormantti se llevaba una mano a la frente, y desde donde me encontraba, sin necesidad de *verle*, supe que empezaba a sudar. Lo supe por el olor que me llegó — como un arrullo— hasta el fondo de la nariz. Era un olor raro, un perfume dulzón e incisivo, como de mirra vertida sobre carne ardida. Me hizo pensar en las lánguidas bellezas de Waterhouse corroídas por el pincel de un Lucien Freud, o desmembradas por el trazo del carnicero Bacon. Cormantti titubeó levemente y me asustó (era demasiado pronto) que pudiera caer. Ya iba a izar me para sostenerle, pero entonces apoyó la mano libre en el atril y desde allí preguntó:

—¿Cómo ha podido saber que ese lienzo es un desnudo?

Yo pretendí no haberle escuchado y seguí hablando, exagerando el aire distraído:

—Por ejemplo, Berenice —dije— ... ¿Sabe que es la única mujer con la que me he casado? No tenía veinte años cuando la conocí. Severa, algo adusta, con un humor agudo, a la manera, digamos, de un Bracque. Sí, yo reparaba en que, al reír, su risa tenía un timbre suave, como de pieles pintadas por Rosetti. ¡Y su aliento! Ah, ¿recuerda usted esa luz gaseosa soñada por Van Dyke? Un celaje que apenas se presiente y, de pronto, parece romper en dulcísima espuma... Así era su aliento, no sé si lo habrá advertido en sus besos —oh, querido Cormantti, no se muestre perplejo, entre nosotros no es preciso el engaño—, tenían un sabor que evocaba los amaneceres trezados por Grossac. Yo se lo decía así, y ella reía. (Fue después cuando empezó a entender de pintura.) Entonces —cuando su risa, por decirlo así, se *sinceraba*— yo percibía algo distinto, un matiz en

su sonido característico de los más tétricos retratos velazqueños... Tristeza, apócrifa inocencia, ingenuidad quebrantada... ¿La amé por eso? Desde luego, no por su temperamento *meramente*, sí por todo lo que en él jugaba al mismo tiempo. Por las noches, regresados los dos de alguna fiesta, o vuelta ella de los brazos de algún amante efímero —ya ve, querido, que no es usted el único—, yo aguardaba a que se deslizase en el sueño para acariciarle su blanca piel de musa doliente, de enamorada de Schille, y pensaba (muy hundida la nariz entre las copas de sus pechos) si era yo quien podría aliviarle la tristeza...

No dije más, ¿pero era necesario añadir algo? Acababa de romper el secreto. Levanté la mirada hacia Cormantti, sonriendo, pero desde luego él no sonreía. Era como mirar un muerto. La mano —palidísima, destellante de anillos— le tembló sobre el atril, y tuvo que realizar un esfuerzo formidable para no desmayarse. Cuando se restableció (pero no sabía si reír o callar, o —acaso— confesarlo todo), sacó un pañuelo del bolsillo y se lo llevó a la frente. Y, como cabía esperar, se defendió:

—No sé de qué me está hablando —dijo.

—Oh, vamos, vamos —le reprendí—. No sea cándido, Cormantti, no pretenda serlo. O, al menos, no quiera hacerme pasar a mí por un estúpido. Ya lo sabía todo, mi querido amigo, lo sabía desde el mismo momento en que vi a Berenice con usted. Antes me ha preguntado por ese desnudo que tengo entre mis manos, dentro de este rollo, cómo era posible que *supiera*, sin verlo extendido ante mis ojos. Pues bien: usted ha nacido con un talento, yo con otro. Puedo sentir lo que otros ni siquiera saben que existe. Puedo describir un color no bajo su propio nombre, sino evocando los cientos de cuadros (Greco, Tiziano, Tintoretto) a los que me cabe asociarlo. Puedo recordar cualquier escena del pasado como si se tratase de una representación pictórica: puedo *romperla* en formas cúbicas si me trae a la memoria el rostro de alguna mujer que detesto, puedo disolverla en puntos de luz si es un instante que prefiero retener para siempre, puedo brindarle los colores de un Rubens —cálidos, oferentes— si representa algún momento de mi infancia... Y lo más increíble: puedo *ver* un olor. Vi su olor, mi querido Cormantti, en los labios y en el cuello de mi esposa, cuando Berenice me presentó a usted en la galería. Vi maderas y aceites, óleos y cerdas aguardentadas, matices animales... Y vi también —con *horror*— que mi esposa ya no era mía. Hubo otros hombres, sí,

pero ninguno había ungido su cuerpo como lo había hecho usted.

Cormantti bebió otra vez de su copa, y se dirigió — tambaleante, muy perlado el rostro de frío sudor— hasta la mesa. Asió por el gollete la botella de vino y se sirvió otro trago, ya sin el menor recato, sin la más mínima barrera de cordialidad espúrea entre él y yo. Bebió y volvió a servirse, antes de desplomarse en su silla con la mirada vidriosa, observándome como sin dar crédito a mis palabras. Yo fingía indolencia mientras —herido— continuaba hablando:

—Lo envidié, Cormantti, debo admitirlo: cierta vez pude oler un Dégas, y me sacudió la convicción de que ése era el olor del amor. Un olor que no puede rebajarse a calificativos si no son los que describen ciertos colores *miríficos*: el verano que derrama su oro sobre los trigales de un exaltado Matisse, el jade esplendente de un Manet, el azul embriagado sobre el océano de un iluminado Edward Hopper... Sensaciones —pura violencia— que explotan en el pecho. Usted y Berenice olían precisamente a eso, mi querido amigo. A pasión descontrolada, a sangre hervida. Y supe entonces que si no hacía algo para remediarlo, Berenice dejaría de ser *mía*. Sí, debía hacer algo, *algo* que sólo podría admitir un hombre que —¿cómo lo dije antes?— *mataría* por la gloria.

Callé. Cormantti —temblando visiblemente, limpiándose el sudor de la frente con una mano débil, *descolorida*— sacudió la cabeza, como rechazando mis palabras, y dijo:

—De modo que decidió comprar mis lienzos a cambio de que me olvidase de Berenice, ¿no es eso? Pensó que yo aceptaría ese asqueroso chantaje...

Me costó entenderle, ya las palabras le salían pastosas. Intentó levantarse, pero no pudo hacerlo. ¿Estaba demasiado borracho, el hambre de los días sin luz le había mermado la salud, o simplemente *no podía hacerlo*? Yo sonreí, me incorporé de la silla y le pasé una mano —amable— por el hombro:

—Cálmese, mi querido Cormantti. Está usted pálido, ¿lo sabe? Relájese. No soy ningún chantajista, jamás caería tan bajo como para llegar a eso. Claro, usted sabe que sin este... apoyo, comprarle unos lienzos tras su exposición en la galería Fasbinder, no pasaría de ser uno más en la larga lista de incomprensidos genios de la Historia. Todos los que vieron sus cuadros, los críticos y los expertos en Arte, los aficionados, *todos* son ciegos en un mundo de sombras. Sí, usted lo ha dicho, son figuras de hielo que no tienen el valor de exponerse

ante la verdadera luz por miedo a sucumbir. ¿Y qué pasaría entonces con usted? ¿Qué pasaría si el otro día yo no le hubiera dicho: “Venga usted a mi casa, querido Cormantti, quiero comprarle unos cuadros”? Se lo diré: que volvería a la época de las buhardillas, de los retratos vendidos en cafés de tercera, del hambre y de la indiferencia de sus semejantes. Y claro, Berenice no permanecería con usted. Quizás no se acostumbraría nunca a la estrechez de las buhardillas o al despecho de un artista desengañado al que tanto amó en el pasado, y que tal vez la culparía de su fracaso... Lo perdería todo usted solo, mi joven amigo: el amor y la gloria. Todo, simplemente, por una cuestión de... ¿De qué? ¿Principios? ¿Temor? ¿Respeto? ¿Y qué palabras son esas para un verdadero artista?

Siguió un silencio a mi exhortación, y luego, tras una pausa, empujé uno de los estantes de la biblioteca junto al que había permanecido apoyado en ese momento. El estante giró y dejó ver el otro lado de una pared oculta donde colgaba —resplandeciente— un Modigliani de la primera época: “El mendigo de Livorno.” La sorpresa consiguió levantar a Cormantti de la silla, a pesar de que apenas tenía fuerzas sino para susurrar el nombre de aquel cuadro que el mundo del Arte ya había dado por perdido:

—No, mi buen amigo —continué, mientras me dirigía al estante opuesto de la biblioteca y hacía girar una nueva pared: apareció otro cuadro robado a la curiosidad estulta del mundo, “Muchacha bajo los árboles” —, tenía otra idea muy distinta a la que usted cree. Verá, no soy el único en mi familia con este... talento especial para *vivir* en el Arte. Mi bisabuelo, mi abuelo, mi padre, también *padecían* el mismo “drama” que yo, una especie de *sofisticación* del síndrome de Stendhal, aunque yo prefiero llamarlo “el Mal de Usher”, por el famoso cuento de Poe... Así que no se antojará extraño que todos los miembros de mi familia, por vía paterna, nos dedicásemos a cultivar nuestro mal en el Arte... Mi bisabuelo fue muy amigo del joven Van Gogh; y hubo de ser él quien, contra todos los críticos de su tiempo (vea la belleza de esta *Muchacha*) descubriese el talento de aquel tipo extraño, un talento que, como sabe, jamás sería reconocido en vida. Fue rara la muerte de Van Gogh, Cormantti, ¿la recuerda? Un disparo en la sien en un campo de tulipanes, Van Gogh no muere de inmediato, simplemente le vendan la herida —con la bala aún dentro de su cerebro— y vaga sin luz y sin memoria hasta que, por fin, sucumbe. Y a los pocos días de su muerte, *allors!*, sus cuadros se venden a

precio de oro... ¿Casualidad? ¿Y qué me dice de Seurat? – Me dirigí a otro falso estante de la biblioteca, lo giré y señalé el lienzo que apareció tras él: “Los bañistas” –. Mi abuelo, que *adoraba* su técnica, ese juguete llamado *puntillismo*, lo siguió desde sus inicios... Oh, sí, y Seurat también era un chico joven, sin problemas aparentes de salud, aunque un mal día, sin mediar enfermedad alguna, resulta que cae en su lecho y, ¡paf!, muere cuando acaba de cumplir los treinta y dos años. Y de nuevo sucede lo que sucedió con el pobre Van Gogh: sus cuadros se esparcen por todo el mundo adquiridos por millonarios que se sienten seducidos por sus armoniosas composiciones. Y lo mismo –terminé, mientras señalaba desde el centro de la biblioteca el primer estante que había girado, “El mendigo de Livorno” – puede decirse de Modigliani. Mi padre lo descubrió en París, cuando, como usted, Modigliani vendía garabatos a los ricos paseantes de Montmartre. Pero Modigliani, *hélas!*, muere de pronto, inesperadamente –otro joven sano– y desde ese momento sus obras... pero bueno, usted ya sabe qué ocurrió con sus obras.

Miré el modigliani con aire pensativo, como meditando sobre los embates de la fortuna, y después me crucé de brazos para dirigirme al único estante falso que todavía no había girado, mientras dedicaba una mirada cómplice –irónica, más bien– al infeliz Cormantti. Sin duda, no podía apenas moverse. Intentó levantarse y sólo con un gran esfuerzo lo consiguió. Lo admiré por eso. No comprendí, empero, por qué no soltaba la copa de vino. La aferraba (tenaz y, diría, *soberbio*) como si fuera a estallarla entre los dedos. Dijo algo que no entendí. Le apremié a que no se preocupara por no poder hablar –“un efecto esperado”, bromeé, “*demasiada* belleza” – y entonces giré el estante de la pared. Allí estaba: *La Danza de la Muerte*, la obra que un comprador anónimo había adquirido para despejar el camino de Viggo Cormantti hacia el esplendor de las grandes salas y los muros de los museos...

– Así es, mi querido amigo. Tenía un plan mejor para usted. Como mi padre, como mi abuelo y como mi bisabuelo, yo también tendría mi Seurat, mi Van Gogh, mi Modigliani... Es un mal de familia, ya se lo he dicho. Por expresarlo de otro modo, nosotros favorecemos que el Arte *suceda*. Al igual que la facilidad para visualizar los olores, esto también es una cuestión de olfato. De no ser por mí, de no ser porque *yo* le he descubierto, usted seguiría viviendo, pasaría de una etapa a otra, de un estilo a otro, sus

cuadros no se venderían, usted se trastornaría —el olvido de Berenice, el fracaso, el hambre, la ruina...—, perdería su don, y por fin, en un arrebatado estúpido de ira y desengaño, quemaría sus obras, las mejores, las telas que usted ya ha pintado. Y no podemos dejar que eso ocurra, ¿verdad, mi buen amigo? ¿Se imagina a todo un Van Gogh quemando sus *Girasoles* simplemente por no haber muerto *a tiempo*? No, todo sea por la gloria. ¡Por la luz, como dijo usted antes! ¿Qué más da el amor mundano? Diga, ¿qué más da Berenice? Ella — así se lo haré saber— creará que usted se valió de su amor para llegar hasta mí, venderme sus obras y luego desaparecer del mundo. Lo perdonará, créame, es una gran mujer. Perdonará que amase sus obras más de lo que la amó a ella, más incluso que a usted mismo, otro maldito genio que muere —extrañamente— en plena juventud... Y algún día, pronto, podrá decir: “Sí, yo fui parte de su vida, yo lo amé, hay un cuadro suyo que demuestra que fui su amante.” Y así será, mi buen amigo. Confórmese con eso. Realmente, a estas alturas es lo único con que puede conformarse.

Fue entonces cuando Cormantti, por fin, entendió. Miró la copa de vino que sostenía en la mano y deslizó una mirada — vidriosa, lenta, *embriagada*— hasta mí, y entonces, con el último golpe de fuerzas que logró reunir, movió los labios para formar una frase que no llegó siquiera a musitar: “No se habrá atrevido, ¿verdad?”

Y yo:

—Mi querido Cormantti, era la única forma de que todo quedara en su sitio. Adoro el Arte, pero también tengo mal perder, y, como le dije —concluí, un segundo antes de que la copa se estrellase contra el suelo—, su obra sólo tendrá sentido cuando usted haya muerto.